

se ocuparan de instruirse en el manejo del arma, y de este modo encontrar en un solo punto el armamento referido.

La tropa republicana se movió de Teotitlán del Camino, á las diez de la mañana del 17; y estuvo tan acertada en sus operaciones que llegó en el momento oportuno, y después de sostener un combate, derrotó á los titulados "Guardias Imperiales," quedando en su poder como trofeos de la victoria, 26 fusiles, 4 mosquetes, una caja de parque y seis prisioneros.

El Domingo de Ramos de la Cuaresma de este año, fué atacada la ciudad de Zacatlán por una fuerza numerosa de traidores, procedente del inmediato pueblo de Chignahuapan: el combate empezó como á las nueve de la mañana, en uno de los barrios más cercanos á la población, hacia el rumbo del Poniente; y la tropa republicana, mandada por el intrépido coronel Dimas López, se condujo con tal valor y denuedo, que después de dos horas de reñido combate arremetió á la bayoneta al enemigo, dispersándolo completamente, y persiguiéndolo en una extensión de más de dos leguas.

Bastantes armas y un regular número de municiones, como cuarenta cadáveres que quedaron regados en el trayecto, y muchos heridos y prisioneros, tal fué el resultado de esta victoria, en la que se portaron digna y valientemente los soldados del batallón Guardia Nacional de la referida población, dirigidos por el bizarro Comandante Mariano Domínguez, que murió en la pelea, víctima de su temeridad y arrojo, y por los denodados capitanes Antonio Aldana, Ramón Morales, Antonio Galindo y Galindo, Faustino González y el resto de la oficialidad.

El bravo comandante de caballería Antonio Galeote, al frente de una pequeña sección de su tropa, se portó, lo mismo que su segundo, Vicente Herrera, con un valor y decisión tales, que nada dejaron que desear, viniendo con ello á coronar el buen éxito de una jornada que colocó en lugar distinguido el honor y lustre de la armas republicanas, y dejó bien escarmentado á un enemigo pérfido y obsecado, que tanto se distinguió por sus instintos de crueldad y de barbarie.

Con el objeto de practicar una exploración, el General Cravioto destacó de Huauchinango la mañana del 19 de Abril sobre el vecino pueblo de Acaxochitlán, una sección de caballería de cosa de cien hombres, mandada por el valiente Antonio Pérez, que fungía de jefe

de los llamados *plateados*, y en la que se contaban como 50 hombres de los suyos.

Habiendo llegado oportunamente á Tulancingo la noticia de este movimiento, fuerzas respetables salieron en persecución de los republicanos, viniendo á la vanguardia el famoso escuadrón de traidores de Chignahuapan.

Pérez emprendió la retirada, pero no tan violenta que le impidiera ser alcanzado por el enemigo, y atacado duramente por éste en una vasta extensión, de manera tal, que si no se llegaba antes que aquel á un punto estratégico del camino, y que era el puente de Totolapa, la derrota podía juzgarse como infalible.

La fuerza de *plateados*, aunque corta, era de un valor á toda prueba, y esto hacía que el éxito se mantuviera indeciso; sin embargo, llegó el momento en que el enemigo se creyó triunfante, pues se encontraba á unos cuantos pasos de distancia del puente en cuestión. Entonces, un individuo apellidado Céspedes, que tenía el grado de Capitán, y que era muy distinguido entre sus bravos camaradas, por su temeridad y arrojo, rápido como el pensamiento, se apeó de su caballo, lo mató en el acto y arrojó el cadáver en algo que se asemejaba á un estrecho desfiladero, que quedó cubierto; y parapetándose tras de aquella muralla de carne, solo, pero valiente y denodado, favorecido por lo escabroso del terreno, empezó á hacer fuego con tan buen éxito por lo certero y preciso de los disparos, que dió tiempo á que llegaran sus compañeros; y juntos, entablado combates personales, lograron rechazar á los traidores, que se vieron obligados á hacer alto ante aquella fortaleza improvisada, que no pudieron tomar, y que los forzó á emprender la retirada.

Céspedes, el terrible guerrillero que tanto se hizo admirar por su brillante comportamiento, fué el héroe de la jornada y el salvador de la fuerza, que escapó de las garras de un adversario formidable, y que pudo volver al punto de partida con la pérdida de algunos soldados que lanceó el enemigo, y conduciendo tres heridos, entre los que se contó al Jefe Antonio Pérez.¹

1 Los actos de valor entre estos hombres durante aquella terrible lucha, se repetían con pasmosa frecuencia.

En uno de tantos ataques dados al pueblo de Chignahuapan, centro de las operaciones

Con fecha 25 del repetido Abril comunicaba desde Tecolutla, rancho perteneciente al Distrito de Acatlán, el Teniente Coronel Bernardino García, al Gobernador y Comandante Militar del Estado, lo que á la letra copiamos:

“Siguiendo las instrucciones de Ud. respecto á la misión que me dió para otros lugares, con fecha de ayer tuve que tocar el pueblo de Coayuca al frente de mi fuerza. Quería ver si adquiría algunos soldados y recursos.

“Apenas teníamos dos horas de haber llegado á Coayuca, cuando nos cayó el enemigo de Tepexi, y en la riña que se trabó en el acto le hice siete muertos, entre los cuales encontré al comandante Barrales, que era el caudillo de los traidores, que tanta guerra ha dado en el Distrito de Tepexi, desde la guerra de tres años hasta el presente. Le hice además doce prisioneros, mismos que remito á Ud. con un piquete de infantería, al mando del capitán Martínez. Quedaron igualmente en mi poder diez caballos, seis mosquetes y siete fusiles.

“En mi fuerza, afortunadamente, no hubo desgracia alguna.

“Y al ponerlo en conocimiento de Ud., disfruto la honra de felicitarlo á nombre de mis subordinados y mío por tan brillante hecho de armas, que será precursor de otros nuevos que obtendrá para llenar de gloria á la patria en la línea de operaciones que tan dignamente manda Ud.”

Tropas del Estado, pertenecientes á la Brigada Ramos, y al mando del Coronel Rafael M. Bueno, derrotaron el 14 de Mayo á una fuerza intervencionista en el pueblo de Tlapa; y el 5 de Junio, el mismo día que verificaba su entrada en la Capital del Estado el Archi-

reaccionarias del rumbo, Antonio Pérez arremetió al enemigo con la intrepidez que lo caracterizaba, y que lo hacía tan temible entre sus contrarios: muerto su caballo en la refriega, cayó al suelo el jinete, pero puesto de pie inmediatamente, contempló con dolor al fiel compañero de sus fatigas y reveses, y al mismo tiempo de sus glorias y sus triunfos; y queriendo dejar al enemigo como único trofeo el cadáver del brioso animal, quitóle el freno, aunque con mucho trabajo, pues la rigidez de la muerte hacía muy difícil esta operación, en seguida la silla, y después el resto de arneses de montar, y ello cuando estaba rodeado de adversarios furiosos que á quema ropa, y admirados de tanto valor, disparaban sobre él sus armas, y esgrimían los centelleantes aceros.

Algunos de sus valientes subordinados lo auxiliaron oportunamente; echó la silla sobre el caballo de alguno de ellos; brincó á la grupa de otro, y blandiendo su temible espada escapó triunfante del cerco que le había puesto el enemigo.

duque, declarado Emperador por la famosa “Junta de Notables,” una columna franco-traidora ocupaba la ciudad de Zacatlán, cuya guarnición, escasa en número para resistir, se retiró al pueblo de Ahuatlán.

Los invasores, entre los que se contaba un regular número de los odiados traidores de Chignahuapan, se entregaron á toda clase de excesos y desórdenes contra una población inerme: el robo, el saqueo, el incendio de varios edificios (14 casas), pertenecientes á ciudadanos pacíficos; todo ello tuvo verificativo sin que hubiera habido poder humano que pusiera coto á esos desmanes.

Una señora octogenaria, D^a Rafaela Aldana, madre de los señores Herrero, personas honorables de la localidad, sufrió un tratamiento cruel de aquellos foragidos, por haberse opuesto, como era natural, al saqueo de su casa; sin que ni la ancianidad, ni el sexo, ni la debilidad hubieran sido motivo para impedir esos actos de marcado salvajismo.

Varias jóvenes de posición humilde fueron víctimas de la lascivia de aquellos infames sátiros, cuya huella nefanda quedó marcada con señales indelebles, que hacen que su recuerdo despierte en aquellos habitantes sentimientos de odio é indignación.

La crónica se ocupó de esos hechos, dándoles la publicidad debida por medio de la prensa que los comentó debidamente, poniendo de manifiesto la clase de civilización que se nos ofrecía, y de que eran portadores los *valientes* soldados de la Francia, nación que *desinteresadamente* venía á protegernos, trayéndonos en la punta de las bayonetas de sus genízaros, el orden, la paz y el bienestar, y cuya gloriosa bandera, según decía Forey, “lo mismo en Europa, que en América, representa la causa de los pueblos y de la civilización.”

No había transcurrido un mes, cuando volvió á ser invadida la población mencionada por fuerzas franco-traidoras.

Un día del mes de Julio se anunció su presencia con los gritos, carreras y tiroteo de costumbre: la escasa guarnición se retiró oportunamente, quedando el vecindario y sus intereses á merced del invasor que tanto se distinguía por sus instintos vandálicos.

Servíale de descubierta el tristemente célebre Escuadrón de Chignahuapan, formado de la hez de la sociedad; y dos de sus hombres de apellido Ricaño, se adelantaron un poco para anticiparse en el pillaje llegando de los primeros á la plaza principal, donde se encontra-

ron á los jóvenes Ignacio Becerra y Miguel Oropeza, quienes, armados, aunque sin pertenecer á la fuerza pública, defendían su vida y sus convicciones liberales y republicanas de la agresión de que casi diariamente era victima Zacatlán, lugar de su residencia.

Entablóse en el acto la lucha; y más ágil ó más valiente Becerra, logró matar á uno de los agresores, emprendiendo en el acto la fuga en dirección á la Barranca, distante como unos doscientos metros del teatro del combate.

Ricaño, el que sobrevivió, y que era hermano del muerto, profiriendo blasfemias y echando espumarajos, juró vengarse: colocó el cadáver sobre el caballo del que había sido su propietario, y marchó con él á encontrar á sus compañeros que estaban ya muy cerca, y quienes en presencia de aquel espectáculo, aumentada la detestable pasión de la ira y del ciego furor que los dominaba, arremetieron contra una población inerme descargando su cólera sobre toda ella, que sufrió los horrores del robo, del asesinato en ciudadanos indefensos, del saqueo y de los demás atropellos que eran como su necesaria y legítima consecuencia.

La ciudad contaba entre sus mejores edificios, una casa comercial, bastante notable, en otro tiempo, por su riqueza y excelentes transacciones que celebraba, y la cual pertenecía á la opulenta familia Cravioto, de Huauchinango: el encono y la rabia de aquella turba salvaje se cebó en esa finca, poniéndole fuego en el acto, sin consideración de ningunó clase, pues estando situada en el centro de la población, las llamas del incendio que abarcaban una extensión grande, avivadas por un fuerte viento que en esos momentos soplaba, pudieron haber convertido en cenizas á todo un pueblo, cuyos pacíficos moradores presenciaban atónitos aquella *hazaña* digna de caribes, y muy propia de los aliados de la Intervención.¹

Una imponente y majestuosa columna de humo se elevaba sobre el horizonte, y señalaba con su siniestra y rojiza luz el lugar de la catástrofe: algunas otras casas sufrieron igual suerte, contándose entre

¹ En prueba de nuestro aserto diremos que las casas de los Sres. Cura Don Agustín Pastana, Márquez Galindo, Don Antonio Rivera, Don José A. Palacios, Don Mariano García y otras contiguas á la que estaba siendo presa de las llamas, ya empezaban también á arder, teniendo sus dueños que emplear una faena bastante laboriosa y complicada para impedirlo.

ellas la del Capitán de Guardia Nacional, Ciudadano Juan Arroyo, constante defensor de la libertad y la Independencia; y aquella escena de desolación, de luto y de lágrimas, que, repetimos, presenciaba muda de espanto una sociedad consternada, y en la que la barbarie y el crimen eran los principales protagonistas, terminó por la llegada de la tropa francesa, que horrorizada de aquellos desmanes, los desaprobó desde luego, contribuyendo con el vecindario á extinguir el voraz elemento, y á restablecer hasta donde era posible el orden y la tranquilidad que habían huído de aquellos infortunados lugares.

Sin embargo de lo expuesto, el sanguinario Bazaine, tomando por pretexto el ataque dado á la hacienda de Mal Paso, por una banda de republicanos, expidió una Circular, en la cual lleno de ira por la defensa que hacían los patriotas mexicanos de su libertad é Independencia, calificaba de bandidos á los juaristas, y ordenaba que éstos, "sean cuales fueren los grados que hayan tenido en el ejército, y cualesquiera que sean las funciones que hayan desempeñado en la administración, les será aplicada la ley marcial en todo su rigor," en cuya virtud, "todo jefe que sea cogido con las armas en la mano y cuya identificación pueda hacerse inmediatamente, será fusilado en el mismo lugar: los que no puedan ser reconocidos al punto, ó que sean hechos prisioneros después del combate, serán juzgados por una corte marcial."

Rodríguez Bocardo que se había pasado al campo de los invasores, tan luego como se rindió la plaza de Zaragoza, participó al Prefecto Político de esta ciudad, con fecha 13 de Junio, que una fuerza de 100 hombres, mitad suya y la otra de la Legión Extranjera, derrotó á otra republicana como de 200 hombres, en el punto de Pochinco: el mismo Jefe comunicó haber atacado la plaza de Altotonga, y dispersado una fuerza de republicanos que allí había.

El Prefecto de San Juan de los Llanos comunicó con fecha 18 del mismo mes, que según noticia que le remitió el Alcalde de Teteles, éste batió una fuerza de *disidentes*, como de 200 hombres, procedente de Tlatlauqui.

El jefe republicano, Teniente Coronel Ladislao Cacho, se presentó con una fuerza en la Hacienda de Buenavista, distante cuatro leguas de Tehuacán, el día 13 de Julio; y merced á una excelente y oportuna combinación que supo llevar á cabo, y en la que desplegó tanta habili-